



TAREA EVANGELIZADORA DE LOS CAPUCHINOS

Aunque no se lo reconoce, el mapa actual de Venezuela es obra de las misiones. Los españoles fundaron ciudades en los valles del norte y del oeste y en las costas. Las ciudades del interior fueron misiones, primero de indígenas, posteriormente compartidas con los criollos, que acababan desplazando a los nativos. El padre Setién, capuchino de Machiques, nos recuerda lo que fueron las misiones y su significado, ejemplificándolo en las de su propia orden: 685 misioneros fundaron 201 pueblos. Y la evangelización fue tan eficaz que, asimilada y reinterpretada como catolicismo popular, continúa hasta hoy inspirando la vida de aquellas vastas regiones, a pesar de más de un siglo de abandono casi total. Todavía el mundo criollo sigue sin pagar la deuda que tiene con los indígenas. Y por lo general ni siquiera lo reconoce. En un número dedicado a las fronteras, este artículo (que fue la lección inaugural del curso del Instituto de Teología para Religiosos) aporta elementos que están en el trasfondo de actitudes contemporáneas. (N. de la R.)

En el mes de agosto de 1650 llegaban a Cumaná Fray Francisco de Pamplona, hermano no clérigo, y los sacerdotes Lorenzo de Magallón y Antonio de Monegrillo. El primero de ellos, responsable de la expedición, había obtenido de Felipe IV una real cédula para fundar una misión en la isla de Granada; al llegar allí, los misioneros se encontraron que la misma había sido invadida por Francia, y no se les permitió establecerse; por eso, tuvieron que seguir en el patache de Margarita hasta Cumaná. Apenas llegados, se dirigen a Píritu, donde inician la tarea evangelizadora fundando un pueblo misional. Fray Francisco, tratando de regular la situación, se dirige a La Guaira con intención de embarcarse para España y allí gestionar una Real Cédula que legalizase la nueva situación.

El Consejo de Indias, entidad imperial que fiscalizaba y dirigía la política colonial de forma exclusiva, era sumamente celosa de sus prerrogativas, y su política descansaba en el control absoluto. Por esto, fue siempre renuente a permitir que nuevas órdenes religiosas se establecieran en América aunque fuera con fines apostólicos.

El axioma era: "se controlan mejor cuatro órdenes religiosos que seis". Fue preciso el tesón y el empeño de Fray Francisco de Pamplona, antiguo capitán de los ejércitos de mar y tierra, para abrir una brecha en la política colonial.

Cuando los capuchinos llegan a Cumaná, ya hace cerca de 150 años que el sistema colonial opera en el territorio de la actual república de Venezuela; sin embargo, sólo la costa y la región andina han sido colonizadas; toda la franja central y la zona al sur del Orinoco sigue habitada por grupos indígenas de distintas etnias y culturas fuera del influjo directo de los blancos.

**Adrián Setién,
O.F.C.**

¿Quiénes eran los capuchinos? En 1525 se inicia en Italia, en la región de Las Marcas, un movimiento dentro de la Orden Franciscana; nace del descontento de cómo se vive la Regla de San Francisco y de la ilusión por recuperar los valores de la primitiva fraternidad. Entre otras pretensiones, está la vida sencilla y descomplicada y la pasión misionera que San Francisco impulsara con tanto entusiasmo. Después de un período de tanteos, dificultades y problemas, el movimiento se consolida y empieza a expandirse. En 1578 se establecen en España. La Orden tiene un crecimiento vertiginoso y, como es lógico busca realizar la Misión *ad gentes* en su ámbito natural: América. El hecho de que las gestiones de Fray Francisco de Pamplona logran orientar la primera fundación hacia el territorio que ocuparía la Capitanía General de Venezuela, propiciaría la polarización de los capuchinos españoles hacia Venezuela.

Por Real Cédula de Felipe IV del 20 de enero de 1657, se funda la Misión de Cumaná, cuyo territorio corresponde a los actuales estados Sucre, Monagas y Delta Amacuro. En 23.000 se calculaba la población indígena formada por chaimas, caribes, guaraunos, coacas y cores. En los 160 años de labor evangelizadora, 230 capuchinos aragoneses gastaron su vida por la causa del Evangelio en el Oriente del país. Una Real Cédula del 21 de mayo de 1657 fundaba la Misión de los Llanos de Caracas, un extenso territorio que comprendía los actuales estados de Yaracuy, Lara, Cojedes, Portuguesa y Guárico y parte de Aragua, Apure y Barinas. Más de 30 parcialidades indígenas vivían en este extenso territorio con sus propios idiomas y múltiples dialectos; aparte de costumbres propias y diferentes sicologías. 215 misioneros capuchinos andaluces sirvieron al Evangelio en la parte central de Venezuela.

El 7 de febrero de 1686 se crea la Misión de Trinidad y Guayana. El territorio estaba ubicado al sur del Orinoco y desde una recta que partía de Angostura en dirección al sur hasta la Guayana inglesa. Unas 8 naciones indígenas poblaban esta Misión. En los 130 años que duró la Misión de Guayana trabajaron en ella 170 capuchinos catalanes.

El 1 de febrero de 1693 se crea la Misión de Santa Marta y Maracaibo. En un comienzo, el territorio se extendía desde la provincia de Santa Marta y Riohacha hasta la costa occidental y sur del Lago de Maracaibo. Posteriormente se dividió en dos, encomendándose la provincia de Santa Marta y Riohacha a los capuchinos de Valencia, y la zona del Zulia a los capuchinos navarros. Un total de 70 capuchinos gastaron su vida por la causa del evangelio en esta Misión.

Cada Misión estaba presidida por un Prefecto, a quien se le asignaban dos consejeros. Los tres eran elegidos por el voto directo de todos los misioneros. Además de velar por la vida religiosa de los misioneros, los representaba en las gestiones ante las autoridades civiles y religiosas. En todo lo demás los misioneros dependían de los respectivos obispos y gobernadores.

Normalmente, una misión comenzaba por conseguir indígenas que estuvieran dispuestos a agruparse en pueblos; era un verdadero desafío a las

cualidades personales del misionero. Una vez logrado esto, se determinaba el lugar y se comenzaba la construcción del pueblo misional. Se partía de un cuadrado amplio que sería la plaza mayor; en uno de los lados, se levantaba la iglesia y, adosada a ella, la casa del misionero. En los otros lados, se construían casas para indios. De la plaza partían cuatro calles rectilíneas y, a sus lados, las restantes casas. A cada pueblo se le asignaban tierras suficientes para haciendas y ganados. La medida normal eran 3 kilómetros a la redonda de la plaza mayor. Este terreno se distribuía entre las familias para cultivar sus conucos y se reservaba una parcela mayor para la comunidad, de donde salían las ayudas para viudas, huérfanos, forasteros, etc.

Las construcciones respondían a la situación del poblado, que sufría un proceso de consolidación y crecimiento. Junto a la Iglesia, junto a las dependencias del misionero, había salas espaciosas destinadas a dar clases, catequesis y reuniones. En un comienzo se construían casas con paredes de bahareque y carrizo, con el techo de palma. Posteriormente, se sustituían por paredes de ladrillo y techos de teja. Especial interés se puso en la construcción de las iglesias. De los cientos de residencias de misioneros que hubo en Venezuela, no ha quedado ni una pared en pie. Si hay, sin embargo, muchas iglesias misionales que siguen siendo iglesias parroquiales; algunas son verdaderamente notables.

Cada misionero vivía en el pueblo indígena; por eso, la norma era que las comunidades religiosas fueran minúsculas. Sólo había, en cada misión, una residencia amplia para albergar a los ancianos y enfermos y para aclimatar a los misioneros recién llegados de España. La actual plaza de capuchinos de la parroquia San Juan recuerda el emplazamiento del hospicio de los capuchinos de los Llanos de Caracas; éste y el hospicio de Maracaibo fueron las únicas residencias de capuchinos en ciudades. Por otra parte, las estructuras de los pueblos misionales eran muy sencillas, estando los misioneros al alcance de la mano. Esto representó para muchos la muerte, pues en caso de ataque de indios no reducidos y exasperados era fácil llegar hasta el misionero.

Una vez establecida la infraestructura básica del pueblo, se daba comienzo a la labor evangelizadora. Mañana y tarde se reunía a todos los niños y se les daba la catequesis en castellano y en el idioma nativo; se empleaba con frecuencia la música en forma de estribillos que alternaban con un cantor. A los adultos, se los reunía al amanecer y, después de rezar, se les daba una explicación de la fe cristiana. Han llegado a nosotros textos usados en idiomas indígenas que nos permiten conocer qué tipo de instrucción se daba. Comprendía las principales verdades de la fe, los mandamientos, los sacramentos... Aunque se considerara que la mayor parte de los adultos ya tenían suficiente instrucción, todos los domingos y días de fiesta había catequesis para todos.

Es obvio que todo el proceso misionero enfrentó dificultades sin cuento. Los misioneros, por sistema, desechaban los intérpretes; esto hizo que el aprendizaje de los idiomas fuera perentorio. Aparte de eso, estaba la diversidad de culturas, que obligaba a una adaptación tanto de los contenidos como de las formas de transmisión. Dígame otro tanto de la manera de ser de los indígenas. A veces, las condiciones de posibilidad eran muy reducidas; pero con eso tenían que contar los misioneros. Es emblemática la discusión entre Mons. Mariano Martí y los misioneros de los Llanos. El obispo insistía en que tenía que obligarse a los indios a una catequesis diaria, mañana y tarde, y los misioneros decían que la manera de ser de los indígenas no permitía eso, que era preciso aprovechar la infancia y adolescencia para transmitir el mensaje cristiano, de tal manera que, al llegar a la edad adulta, sólo hiciera falta recordarlo. "Si les obligamos, se hastiarán y volverán a la selva". Era el encuentro de la teoría vs. La experiencia.

Los misioneros, paralelo a la instrucción, introducían la vida

sacramental. Son interesantes los confesonarios llegados hasta nosotros, instrucciones para los confesores con indicación de los pecados más frecuentes, orientaciones para el penitente, etc. Todo ello escrito en el idioma indígena y en castellano. La tarea misionera se completaba con el cultivo de la religiosidad popular. Gran esfuerzo se hizo para dotar a las iglesias misionales de imágenes, cuadros, utensilios religiosos. En esto, los misioneros tuvieron verdadero instinto pastoral. Más adelante, cuando desaparecieran la mayor parte de los sacerdotes, habrá generaciones y generaciones de cristianos que recibirán la fe por el vehículo de la religiosidad popular. Este anclaje, no es un secreto, sigue siendo decisivo en múltiples sitios. Como referencia, puede señalarse la Divina Pastora, San Isidro Labrador, San Benito, San Antonio de Padua, diversas advocaciones marianas, etc.

La tarea evangelizadora de los misioneros fue tesonera y a tiempo completo. Su presencia física y el sistema de comunicación directa y constante fue vehículo eficaz para transmitir el mensaje. Para darse cuenta de ello, es imprescindible conocer los avatares de que sufrió la sociedad venezolana y la Iglesia a lo largo del siglo diecinueve y principios del veinte. Los religiosos desaparecieron y el clero diocesano disminuyó sensiblemente. Se cerraron los seminarios. En San Fernando de Apure, en 1913, no había un sólo sacerdote. En todo ese año, sólo estuvo un día un sacerdote que iba de paso. Esto nos dice que hubo decenas de generaciones que nacieron y murieron sin ver ni oír a ningún sacerdote, y conservaron la fe cristiana.

Se refiere la deficiente formación religiosa de amplios sectores de la población venezolana, pero se olvidan las condiciones en que ha subsistido esa fe. La primera evangelización tuvo tanta fuerza que, por generaciones, mantuvo su vigencia por sí sola y en condiciones especialmente adversas. Los misioneros capuchinos fundaron 201 pueblos, es decir, fundaron 201 centros de evangelización.

Los misioneros eran hombres de carne y hueso. Cristianos apasionados por su fe y obsesionados por compartirla. En la vieja España -sea mil veces bendita por transmitirnos el Mensaje de Jesús-, en muchos puntos de su geografía, había centros que cultivaban el fervor misionero y formaban misioneros. Eran hombres que se jugaban el todo por el todo y que desafiaban mil peligros. Los misioneros se identificaban con los indígenas y establecían profundos lazos afectivos con ellos. Esto tuvo un precio altísimo. De ahí nacieron cientos de conflictos con encomenderos, curas doctriñeros, e incluso, obispos.

Cuando llega la Independencia, los misioneros tuvieron que optar entre la seguridad jurídica y física que les ofrecía la corona española y los riesgos del proyecto republicano. Casi todos los misioneros optaron por la causa del rey. Como decía el P. Mariano de Cervera, "malos tiempos vendrán a los indios con el gobierno republicano". ¡Y tan malos! El 7 de mayo de 1817, eran masacrados, en san Ramón de Caruachi, 20 misioneros capuchinos. En ese grupo había desde jóvenes de 32 años hasta ancianos de 70. Eran el único obstáculo para entrar a saco en los bienes de los pueblos misionales del Caroní. El ejército patriota, una vez muertos los misioneros, se apoderó de las reses (más de 25.000), y mulas y caballos (más de 7.000) las empleó para acabar la Guerra de Independencia y... nada más. Ni a Simón Bolívar ni a ningún patriota se le ocurrió nunca agradecer a los indígenas de Guayana su aporte decisivo, aunque obligado, a la causa de la Independencia; mucho menos indemnizarles de alguna manera. Los misioneros, sacrificados sin formalidad jurídica y sin elemental respeto, se convirtieron en reclamo permanente de la irresponsabilidad del criollo al enfrentar la realidad indígena; las cosas siguen igual. Este es el eslabón que une la etapa colonial de las misiones con la etapa republicana de las misiones.